



# UNA FRACTURA CULTURAL: LA GUERRA DE MALVINAS

Jorge R. Bóveda

Dos miembros de la agrupación buzos tácticos de la Armada han concluido su tarea. Una merecida pausa para fumar un cigarrillo luego de la tensión del combate en la Casa del Gobernador.

Imagen: Revista *Gente*. Año 17  
N.º 872 del 04/04/1982.

Puerto Stanley

Los dos conceptos de cultura, institucional y estratégica, no son mutuamente excluyentes y, en ocasiones, como en la crisis por las Islas Malvinas de 1982, cabe preguntarse si el primero influyó el accionar del Estado cuando el Almirante Jorge Isaac Anaya intervino en el proceso que llevó a la Junta Militar (JM) a optar por recuperar, por la fuerza, el archipiélago el 2 de abril.

Jorge Rafael Bóveda es abogado y autor de numerosos trabajos de historia naval argentina.

La decisión de la República Argentina de recurrir a la fuerza constituyó un fenómeno totalmente anómalo e inesperado.

En primer lugar, rompía con el énfasis que los gobiernos anteriores habían puesto en el proceso de negociación, tal como había ocurrido cuatro años antes con el diferendo con Chile. En aquella oportunidad, el Almirante Lambruschini, antecesor de Anaya, se había pronunciado por una actitud conciliadora con el país trasandino, posición que fue respaldada enseguida por los otros miembros de la Junta. Ese acto de madurez intelectual cobra mayor relevancia aún si se tiene presente que esa posición no estaba en total armonía con la difundida intransigencia imperante en las otras fuerzas, donde muchos (léase algunos oficiales superiores del Ejército) veían con buenos ojos una guerra con el país vecino<sup>1</sup>.

En segundo lugar, las relaciones argentinas con los habitantes de las islas estaban atravesando su mejor momento, tal como lo atestigua el Comodoro Héctor Gilobert, funcionario argentino que sirvió como enlace con los isleños entre 1979 y 1980. En una entrevista posterior a la guerra, manifestó: «...el accionar argentino en beneficio del bienestar de la población se encontraba en el momento de máximo esfuerzo...; la vida de los malvinenses había cambiado...; ahora disfrutaban sin reparos ni desconfianza de los distintos servicios que recibían de la Argentina». Su traslado a las islas coincidió con la llegada del nuevo gobernador Rex Masterman Hunt, un ex piloto de Spitfire que, luego, ingresó al Civil Service, organismo que se ocupaba de administrar las colonias británicas de ultramar. Sobre la actitud de este funcionario hacia la Argentina, Gilobert afirma lo siguiente: «Se puede asegurar que, por entonces, la actitud y la disposición tanto del gobernador Rex Hunt como de su secretario de gobierno, Dick Baker, eran claramente favorables al incremento de las relaciones con la Argentina. Quizás el gesto más manifiesto de esa política de apertura y de acercamiento se materializó al autorizar la construcción de la nueva residencia para el representante argentino, que, por sus dimensiones y su jerarquía, solo era superada por la residencia del gobernador»<sup>2</sup>.

En tercer lugar, la evidencia sugiere que no había ninguna necesidad política ni militar de resolver el tema Malvinas en 1982. Retrospectivamente, parece claro que ese no era el mejor momento para escalar un conflicto con Gran Bretaña, máxime cuando habían transcurrido 149 años desde el inicio de la disputa, y nada presuponía la existencia de impedimentos para aguardar una oportunidad más favorable.

Anaya, nacido en Bahía Blanca el 27 de septiembre de 1926, debía su carrera militar a su padre, de nacionalidad boliviana. Este se había graduado de médico en la Argentina, donde

1 Passarelli, Bruno, *El Delirio Armado*, Sudamericana, 1991, p. 125.

2 Entrevista a Héctor Gilobert en Palazzi, Rubén, *Malvinas: otras historias*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 2006, pp. 236-238.



Así se rindieron los Royal Marines. Estos fueron los hombres que defendieron al gobernador Rex Hunt y que ofrecieron la mayor resistencia.

Imagen: *Las Grandes Fotografías del Periodismo Argentino*. Tomo 03. Rafael Wollmann.

**Anaya deseaba fervientemente ser aviador. No obstante, sus padres se negaron a semejante idea. Solo entonces fijó su atención en la Marina de Guerra.**

se especializó en urología. Tras ejercer durante un breve período en la ciudad de Dolores, provincia de Buenos Aires, se radicó definitivamente en la pujante ciudad de Bahía Blanca, que ofrecía mayores posibilidades de progreso y era el centro comercial de la región. Entre sus pacientes y amigos, se encontraba el entonces General Manni, en ese momento a cargo del cuerpo de ejército con asiento en esa ciudad. Fue este amigo de la familia quien le recomendó enviar a su hijo al Liceo Militar General San Martín, un instituto de enseñanza media que gozaba de gran prestigio. Anaya ingresó con la segunda promoción junto a quien en un futuro sería el General Galtieri. Por entonces, con el segundo año aprobado, los cadetes podían ser admitidos en la Escuela de Aviación Militar dependiente del Ejército Argentino sin rendir examen de ingreso, y el joven Anaya deseaba fervientemente ser aviador. No obstante, sus padres se negaron a semejante idea. Solo entonces Anaya fijó su atención en la Marina de Guerra, a la que ingresó el 26 de enero de 1944. Cuatro años más tarde, egresó con honores, en el segundo lugar de su promoción, sobre un total de 87 guardiamarinas, detrás del futuro Vicealmirante Carlos Castro Madero<sup>3</sup>.

Dentro de la fuerza, tenía fama de ser «un hombre reservado, más bien parco, y profundamente dedicado a su profesión»<sup>4</sup>. Durante su larga y prestigiosa carrera naval, había ejercido el comando de varias unidades de superficie y ocupado puestos operativos de relieve. También sirvió como agregado naval en el Reino Unido y en Francia, donde luego cursó la Escuela Superior Interfuerzas con sede en París, donde se hizo un ferviente admirador de Charles De Gaulle<sup>5</sup> y donde, seguramente, adquirió su notoria antipatía por Inglaterra. Se sabe que su tesina de la Escuela de Guerra Naval versaba sobre un plan de operaciones para ocupar las Islas Malvinas (cuyo original ha desaparecido de los archivos de la ESGN). También sabemos que, durante el año 1977, siendo comandante de la Flota de Mar, preparó un oficio dirigido al Almirante Massera, donde le proponía un plan para tomar las islas Malvinas por la fuerza<sup>6</sup>.

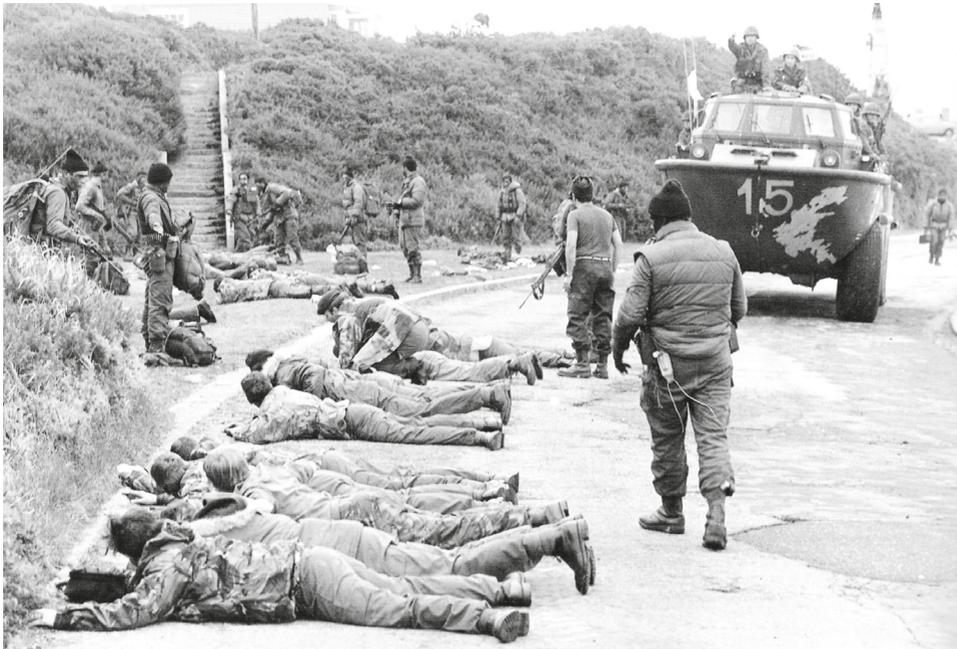
En 1978, dejó la flota para ocupar el cargo de Director General de Personal Naval; en 1980, fue designado Jefe del Estado Mayor General de la Armada (número 2 de la fuerza), lugar que ocupó hasta que Lambruschini, compañero y amigo del Almirante Massera, se retiró y lo eligió su sucesor. Según Lombardo, «posiblemente Massera haya sido un factor importante en esta elección», pues los dos candidatos naturales a ocupar ese lugar por prestigio y

<sup>3</sup> Entrevista del autor al Almirante Jorge Isaac Anaya del 1 de noviembre de 2006.

<sup>4</sup> Vicealmirante (RE) Lombardo, Juan José, *Memorias inéditas*, p. 44.

<sup>5</sup> *Ibid.*, entrevista del autor con el Almirante Anaya.

<sup>6</sup> Declaración del Almirante Anaya ante el Consejo Supremo de las FF. AA. el 30 de marzo de 1983; acta reproducida en la revista *Gente* del 8 de diciembre de 1983, p. 18.



¡Cuerpo a tierra!, ordena el oficial a bordo del VAR (Vehículo anfibio a Rueda) para que los *marines* ingleses sean registrados tras la rendición. El enfrentamiento armado en la casa del Gobernador acaba de concluir.

Imagen: Rafael Wollmann.

carrera —los Almirantes Edgardo Segura y Humberto Barbuzzi— imprevistamente pidieron el retiro en 1980<sup>7</sup>.

El 11 de septiembre de 1981, Anaya asumió el Comando en Jefe de la Armada y se abocó de inmediato a mover las piezas que le permitirían llevar a la práctica su anhelo personal (no institucional) de toda la vida: recuperar las islas Malvinas.

El Teniente General Roberto Eduardo Viola sucedió al General Videla en la presidencia de la Nación e integró, así, la segunda Junta de Gobierno. El General Leopoldo Fortunato Galtieri ejerció el Comando en Jefe del Ejército desde diciembre de 1979, pese a ser uno de los últimos de su promoción que, inclusive, tuvo que repetir un año en la Escuela Superior de Guerra. Galtieri alcanzó esa alta jerarquía gracias al apoyo de Viola, que lo consideraba —erróneamente— un hombre sin ambiciones políticas.

Aprovechando este voto de confianza de su antiguo jefe y mentor, Galtieri se dedicó de lleno a desmontar sistemáticamente la influencia de Viola en el Ejército y lo logró en apenas dieciséis meses, basándose en los errores políticos de este último durante su breve administración.

Galtieri y Anaya criticaron la inacción y las cavilaciones de Viola, cuya gestión estuvo afectada, además, por una crisis económica regional. No obstante, en ese momento, la crítica situación por la que atravesaba el país era adjudicada a la gestión de Viola, personificada en su criticado ministro de economía, Lorenzo Sigaut. Públicamente se invocaron estas causas para precipitar su alejamiento del poder, pero cuando se le solicitó la renuncia, Viola se opuso. Ello no dejó otra alternativa a la Junta Militar que disponer su relevo el 11 de diciembre alegando «razones de salud». Galtieri contaba, ahora, con el apoyo de la Marina de Guerra para ejercer la presidencia y retener la jefatura del Ejército.

Algunos autores sostienen que la aceleración del golpe contra Viola sugiere la urgencia de llevar adelante el plan Malvinas que impulsaba Anaya. Este habría convencido a Galtieri de que sería el beneficiario político de la operación, lo cual le permitiría acceder a la primera magistratura en el período 1984-1990 ungido por el voto popular<sup>8</sup>.

**Galtieri ejerció el Comando en Jefe del Ejército desde diciembre de 1979, pese a ser uno de los últimos de su promoción que, inclusive, tuvo que repetir un año en la Escuela Superior de Guerra.**

<sup>7</sup> Lombardo op. cit., p. 44.

<sup>8</sup> Fraga, Rosendo. *¿Qué hubiera pasado si...?* Editorial Vergara, 2008, p. 329.



Los tres jefes de la Operación Azul/Rosario. De izquierda a derecha: El contraalmirante Carlos Busser, el General de División Osvaldo García y el Contraalmirante Gualter Allara.

Imagen: *La Historia documentada*, Tomo 4 (La Recuperación), Editorial Sudamericana.

En sintonía con su plan, nuestro agregado naval en Londres (CN G. Allara) fue instruido para que consultara extraoficialmente al embajador argentino (Carlos Ortiz de Rozas) sobre su parecer en el caso de una recuperación incruenta de las islas Malvinas. Anaya no confiaba en los civiles e intentaba (con la anuencia de Galtieri y de Costa Méndez) removerlo para instalar, en su lugar, al Contraalmirante retirado Rodolfo Luchetta, amigo personal de Anaya, que había servido hacía poco como agregado naval en Londres y conservaba buenos contactos<sup>9</sup>. Solo desistió de su propósito cuando el canciller le aseguró que Ortiz de Rozas no solo apoyaba la recuperación de las Islas Malvinas, sino también que no habría que temer una reacción militar del Reino Unido, en tanto y en cuanto se evitara derramar sangre inglesa<sup>10</sup>. La intervención personal de Anaya en este momento particular alteró el curso de la política exterior argentina.

La influencia de Anaya sobre el presidente Galtieri fue creciente. Ambos eran amigos, se conocían y se respetaban desde adolescentes. La habitual rivalidad interfuerzas que hasta entonces había entorpecido notablemente los actos de gobierno, en uno u otro sentido, de pronto desapareció. Esta amistad y esta confianza mutuas tuvieron mucho que ver con el modo en que se desarrollarían los futuros acontecimientos.

En política exterior<sup>11</sup>, la JM ahora era asesorada por un civil inteligente y sofisticado, Nicanor Costa Méndez. Un prestigioso abogado con un currículum intachable, que tenía importantes conexiones en el ámbito político y militar, y que ya había ocupado esa cartera durante el gobierno del General Juan Carlos Onganía (1966-1970). Todo sugiere que el Canciller estaba al corriente de las intenciones de la JM de recuperar las Islas Malvinas por la fuerza.

Un revelador testimonio del ex canciller del presidente José María Guido, Bonifacio del Carril (1911-1994), dejó al descubierto que el incidente de las Georgias del Sur fue fraguado por la JM con el fin de tomar las islas Malvinas y no, a la inversa. Dijo el prestigioso historiador, abogado y amigo íntimo de Costa Méndez: «No tengo anotadas todas las conversaciones, pero el 29 o 30 de marzo, Costa Méndez me informó sobre los cursos de acción que se estaban estudiando frente a la intimación que el gobierno británico había hecho al gobierno argentino para que retirase los chatarreros (de Davidoff, que habían desembarcado en Puerto Leith, Georgias del Sur). Le dije entonces que, a mi juicio, si la decisión de aprovechar el incidente de los chatarreros para tomar Malvinas era definitiva, lo más conveniente para la

<sup>9</sup> Lombardo, *Memorias Inéditas*, op. cit. p. 40. Según Lombardo, una vez que Luchetta se hubiese instalado en Londres, trataría de obtener del gobierno inglés un signo favorable de que no reaccionaría en fuerza ante la acción argentina. Solo entonces y recién en ese momento se pondría en ejecución el plan. Al cambiar de parecer Anaya, Luchetta fue designado embajador en Italia.

<sup>10</sup> Entrevista del autor con un alto funcionario diplomático que integraba el gabinete y círculo íntimo de Costa Méndez que pidió permanecer en el anonimato. Entrevista al ex Pte. Galtieri por Juan Yofre, publicada en *Clarín* el 2 de abril de 1983. Sobre este tema, véase también «Malvinas: de una victoria diplomática a una derrota militar», entrevista a Wenceslao Bunge por Graciela Romer en *Actualización Política* N.º 5, abril/mayo 1992, p. 74, donde se ratificaba que Ortiz de Rozas asesoró en forma taxativa que Gran Bretaña no reaccionaría militarmente.

<sup>11</sup> Se alude aquí al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores o Canciller.



Viernes 2 de abril.  
Plaza de Mayo.  
El Presidente Galtieri  
sale finalmente al balcón  
a las 14.00 horas.  
Cinco mil personas con  
banderas argentinas  
vitorean la recuperación  
de las Islas Malvinas.

Imagen: *La Historia documentada* Tomo 4  
(La Recuperación) Editorial Sudamericana.

Argentina era dejar que los ingleses los sacaran por la fuerza. Pues lo importante era contar con un hecho de fuerza ejecutado por los ingleses como acto inicial y no, con una simple amenaza. Le señalé, por otra parte, que la superioridad militar inglesa era abrumadora y que, en el campo económico, Gran Bretaña podría ejercer una fuerte acción contra la Argentina, porque, a pesar de la decadencia del imperio, Inglaterra seguía siendo uno de los principales centros financieros más importantes del mundo. Me dijo que era muy difícil que Inglaterra se decidiera a actuar militarmente por el elevado costo de la operación, que las Fuerzas Armadas tenían todos los planes previstos para neutralizar cualquier intento y que iba a disponer por lo menos de tres semanas antes de que los ingleses llegaran al lugar»<sup>12</sup>.

En efecto, el 20 de marzo de 1982, el gobierno británico despachó el buque polar *HMS Endurance* con un contingente de infantes de marina con el fin de evacuar por la fuerza a los obreros argentinos que habían desembarcado en Puerto Leith. Este fue el momento clave que detonaría el conflicto y que la JM calificó de «últimátum» con el objeto de escalar el conflicto y justificar, así, frente a la opinión pública, la planeada recuperación del archipiélago.

Según Anaya «aceptar que evacuaran por la fuerza a los obreros o que se los obligara a reconocer un estatus de extranjero y continuar negociando con Gran Bretaña hacía que la posición argentina en futuras negociaciones perdiera credibilidad y fuerza, así como también debilitaría nuestros reclamos en cuanto a los derechos permanentemente sostenidos por nuestro país. Esto traería una gran pérdida de prestigio al no reaccionar con energía frente a una actitud que afectaba el honor y la dignidad nacionales (sic)»<sup>13</sup>.

Nada de ello es cierto. Había otras opciones abiertas a la JM que eran, en efecto, viables, pero que deliberadamente fueron dejadas de lado, como: a) evacuar los obreros argentinos con un transporte de la Armada, para disminuir la tensión y evitar que Gran Bretaña escalará la disputa; b) no evacuarlos y dejar que Inglaterra ejecutara un acto de fuerza contra nacionales argentinos, extremo que habría podido ser capitalizado en los foros internacionales por la Argentina.

Anaya, propenso a decisiones impulsivas, adoptó un curso de acción consecuente con su plan. Despachó el buque polar *ARA Babía Paraíso* que, sugestivamente, tenía a bordo un

**[...] que las Fuerzas Armadas tenían todos los planes previstos para neutralizar cualquier intento y que iba a disponer por lo menos de tres semanas antes de que los ingleses llegaran al lugar.**

<sup>12</sup> Del Carril, Bonifacio, «Cómo se perdió la paz en 1982», *La Nación*, Enfoques, 4 de abril de 1999, p. 1.

<sup>13</sup> Oficio secreto del Almirante Anaya dirigido al JEMGA Ramón Arosa el 6 de junio de 1984 titulado «Análisis y Evaluación Político Estratégica del Conflicto Malvinas», p. 13, Archivo General de la Armada.



Una rara fotografía del Almirante Jorge Anaya junto a Su Santidad Juan Pablo II y, en segundo plano, el Tte. General Galtieri.

Imagen: Fotógrafo oficial de la casa de Gobierno.

### La presencia de los buzos tácticos en el ARA *Bahía Paraíso* revela la intencionalidad de la Junta Militar de escalar el conflicto.

grupo de 12 comandos anfios munidos solo de armamento individual al mando del TN<sup>14</sup> Alfredo Astiz, los que fueron desembarcados en puerto Leith la noche del 24 de marzo, con órdenes de evitar el desalojo de los obreros argentinos<sup>15</sup>. La presencia de los buzos tácticos a bordo del *ARA Bahía Paraíso* revela la intencionalidad de la JM de escalar el conflicto, pues dicho personal no integraba la dotación del buque cuya función prioritaria, en aquella oportunidad, era desembarcar a las familias que invernarían en la base antártica Esperanza y reembarcar al personal del batallón de construcciones que había finalizado el levantamiento de un nuevo edificio para el destacamento naval Orcadas.

En consecuencia, el incidente en Georgias del Sur debió ser superado por la vía diplomática y evitado a toda costa, lo cual era factible y no ofrecía complicaciones que pudiesen afectar el honor y la dignidad nacionales, tal como se pretendió esgrimir con el objeto de adelantar la ejecución de los planes elaborados para el empleo del poder militar. Este adelanto no solo resultó contraproducente en términos de las fuerzas propias, sino que benefició en mayor grado al enemigo.

En ese contexto, la ocupación de las Islas Malvinas con el propósito de encaminar favorablemente las negociaciones concluyó en una escalada militar. Ello demuestra que la JM no estuvo en condiciones de controlar los acontecimientos ni de medir la probable reacción británica. Este imprevisto escenario, que en alguna medida contó con el apoyo popular, trajo aparejada una serie de medidas irreflexivas y precipitadas que la convirtieron en una aventura militar sin precedentes, sobre todo cuando se hizo efectiva la reacción militar británica y no se tuvieron implementadas las alternativas diplomáticas para neutralizarla.

Mucho se ha especulado en la bibliografía sobre las razones que llevaron a Anaya y a Galtieri a tomar este curso de acción. Es casi innegable, sin embargo, que si el gobierno de Galtieri hubiera gozado de buena salud interna, económica y política, difícilmente habría embarcado

<sup>14</sup> Abreviatura de teniente de navío.

<sup>15</sup> Trombetta, César, «Ocupación de las Islas Georgias durante el conflicto del Atlántico Sur en 1982», BCN N.º 735, p. 105-115.

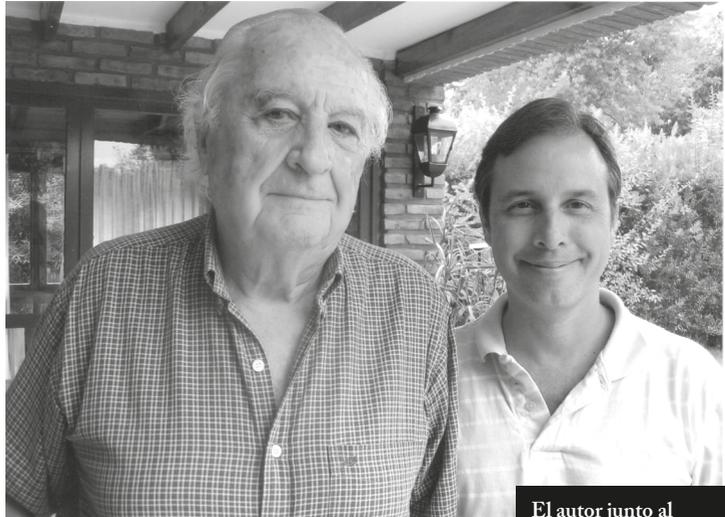
al país en esta aventura. El papel (quizá no exclusivo) de la política interna en esta decisión es, así, prácticamente irrefutable, más allá de otras consideraciones que el caso merezca. El gobierno ganó, por un breve período, gran popularidad aparente, como que había hecho suya una causa popular<sup>16</sup>.

El propio Anaya admite que su rol antes, durante y después de la guerra fue esencialmente político y no militar, por lo que fue en esa capacidad que Anaya concluyó que «la agresión británica nos enfrentó con una guerra necesaria para defender nuestros derechos»<sup>17</sup>. Esta apreciación, como quedó demostrado, era incorrecta y subordinaba el futuro del país y de sus FF. AA. a un objetivo político irrealizable, sobre premisas falsas que respondían a una lectura ingenua de la realidad internacional y a un desconocimiento de las capacidades del enemigo.

En efecto, para gran desilusión de los responsables, los Estados Unidos optaron, en la emergencia, por apoyar a su antiguo y sólido aliado, antes que a lo que, desde ese país, se percibía como un régimen militar aventurero y de comportamiento poco previsible. Evidentemente, la cooperación argentina en América Central no bastaba para alterar un orden de alianzas tradicional.

En este contexto, parece evidente que se produjo una fractura en la cultura institucional de la Armada, pues el Almirante Anaya obró en forma inconsulta, amparado en su condición de miembro de la Junta Militar, dejando de lado el Consejo de Almirantes (órgano de consulta permanente de quien comanda la Fuerza), el Estado Mayor Conjunto y sus almirantes subordinados, quienes no tuvieron injerencia alguna en esa decisión. Las razones de esa anómala conducta, teniendo en cuenta que se iba a comprometer al país en una guerra con la tercera potencia naval del mundo, parecen haber sido tres: a) mantener a rajatabla el secreto de la operación, b) la segura negativa de sus almirantes subordinados a emprender una aventura militar para la cual la Armada no estaba preparada y c) el erróneo asesoramiento de los funcionarios civiles de la Cancillería en el sentido de que no debía temerse una reacción militar británica en el caso de recuperar las islas y que los EE. UU. permanecerían neutrales.

En ese marco, cabe concluir que la intervención de Anaya<sup>18</sup> en la decisión de recurrir a la fuerza para solucionar la disputa de soberanía por las Islas Malvinas no resulta consistente con la cultura institucional imperante en la Fuerza en aquel entonces y sugiere que cualquier otro oficial en su misma posición no habría tomado esa decisión (y no la tomaría en el futuro). ■



**El autor junto al Vicealmirante (R) Juan José Lombardo durante una entrevista en su casa de Luján, provincia de Buenos Aires.**

Imagen del Autor.

16 Escudé, Carlos, *La Argentina ¿Paria Internacional?*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1984, p. 61.

17 Carta de Anaya a Woodward del 7 de mayo de 1991 publicada en el *Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades*, separata del número 19, Malvinas: Mitos y realidades, 1998, pp. 64-65.

18 El Consejo Supremo de las FF. AA. juzgó por la causa Malvinas al Almirante Jorge Anaya, al Teniente General Leopoldo Galtieri y al Brigadier General Basilio Lami Dozo y les impuso penas de 14, 12 y 8 años de reclusión, respectivamente, más la accesoria de destitución. La sentencia fue apelada ante la Cámara Federal, que disminuyó la pena fijada en 12 años de reclusión, más la accesoria de destitución para cada procesado. Los acusados interpusieron un Recurso Extraordinario ante la CSJN. En estas circunstancias, antes de que se expidiera la Corte, el PEN (Presidente Menem) en uso de sus facultades constitucionales, dictó el decreto 1005/89 del 6 de octubre de 1989 que indultó a los tres comandantes alegando razones de orden jurídico superior, tendiente a contribuir a una verdadera reconciliación y pacificación nacionales.